

On Reading¹

Sobre la lectura

LYNN M. SHIREY

Harvard University

Estados Unidos

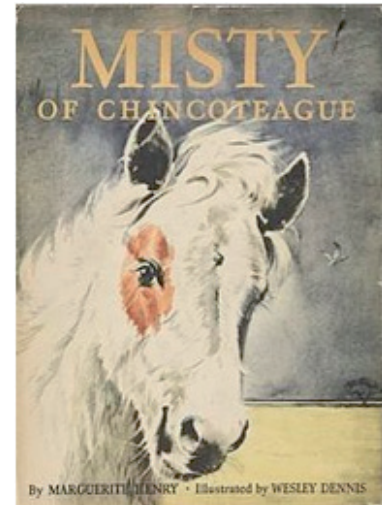
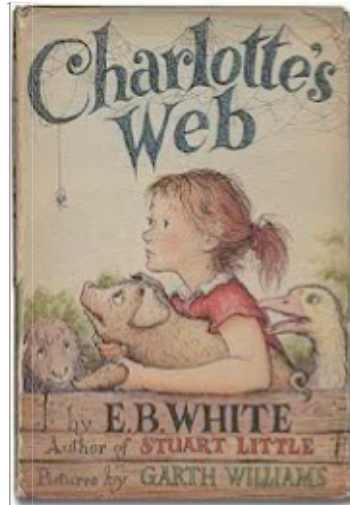
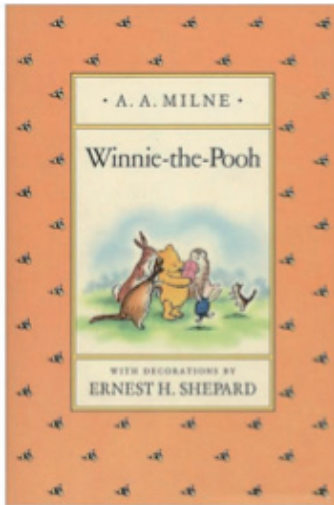
shirey@fas.harvard.edu

(Recibido 04-12-2014;
aceptado 16-12-2014)

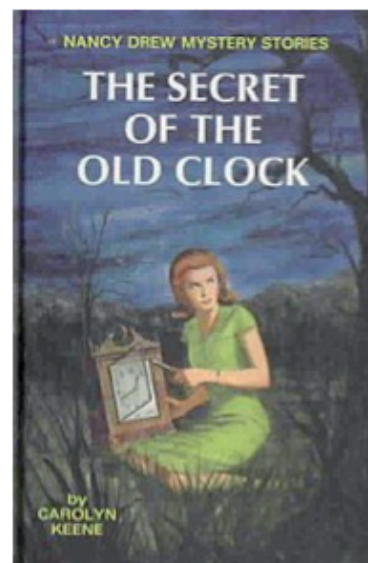
No todos los bibliotecarios leen. Somos especialistas en la organización de la información, en la preservación y manipulación de datos numéricos, en la curación de mapas geoespaciales, en el tratamiento de papel ácido, o en la estabilización de los bytes que constituyen los recursos digitales. Somos pedagogas: enseñamos métodos de investigación y búsqueda a los estudiantes o al público. Trabajamos con libros pero no los tenemos que leer, no nos tienen que gustar. Yo tengo la increíble suerte de poder comprar libros del mundo hispánico, yo sí leo, y siempre me han gustado los libros físicos.

Como muchos jóvenes en los Estados Unidos, devoraba libros con sugerentes ilustraciones sobre animales: ratones, mofetas, marmotas, castores (*The Wind in the willows*), osos y canguros (*Winnie the Pooh*), cerdos y arañas (*Charlotte's web*). El libro de Charlotte me impactó, a los nueve años, con su sentido de injusticia—la espera de la muerte de un ser inteligente pero indefenso porque no tenía palabras. Luego leí todo lo que pude sobre caballos—una preocupación bastante típica de niñas pre-adolescentes aquí: (*Misty of Chincoteague; Black beauty; Come on Seabiscuit*) sobre perros (*Lad, a dog; Old Yeller; The Incredible journey*) y leones (*Born free; Live free.*) Creo que con las historias de animales aprendíamos la empatía. ¿Será que los más jóvenes se sienten más próximos a los animales y a la naturaleza?

¹ Para citar este artículo: Shirey, Lynn M. (2014). On Reading. *Álabe* 10. [www.revistaalabe.com]
DOI 10.15645/Alabe.2014.10.9



Luego me interesé más por los humanos. Devoré historias enigmáticas sobre niños que viajaban en el tiempo (*A Wrinkle in time*, *The Secret garden*), de jóvenes chicas (y chicos) atractivos con dones de detectives (las series de *Nancy Drew* y *The Hardy Boys*.) Nancy Drew era rubia, esbelta, tenía su propio coche descapotable, y sobre todo era lista. En los 1960 representaba la mujer moderna, independiente, traviesa. Su novio (Ned) era guapo, pero tenía un papel muy secundario. Hoy día se encuentran estos tomos amarillos en los anticuarios, ¡a precios de coleccionista!



En la Universidad opté claramente por la literatura, sobre todo la anglosajona:

James Joyce, T.S. Eliot, Shakespeare, George Eliot, Virginia Woolf. En los 70 aún no se estudiaba lo que hoy se llama *world literature* (literatura global), pero me aventuré a tomar cursos sobre las sagas islandesas y las novelas rusas. De literatura en español, ¡nada!

Librada de los estudios, me dediqué a leer novelas en traducción, y me topé con *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez. Como a muchos otros, me cambió la vida. Me encantó su surrealismo, su humor, su grandeza. Me enamoré de las obras de Julio Cortázar, de Borges, de Vargas Llosa y decidí que quería leerlos en español; viajé a México, después a España, donde me quedé a vivir (en Córdoba) unos cuantos años. Enseñaba inglés, pero aprendía mucho más español (aunque sin la letra s.) De vuelta en Massachusetts, trabajé en librerías y después en bibliotecas. Hice una maestría en bibliotecología y hoy compro libros de América Latina, España y Portugal para la biblioteca de una universidad. Compro historia, economía, ciencias políticas; pero los títulos literarios son lo más difíciles de escoger, los más difíciles de evaluar para los investigadores y para el futuro.

En 1996 publiqué un libro para jóvenes, *Latin American writers*—ocho capítulos sobre las vidas y las obras de autores latinoamericanos. Traté de compartir mi entusiasmo con otros.

Decididamente la ficción es mi lectura preferida. Creo que de la ficción se aprende más que de los periódicos, y que las novelas contienen toda la verdad del mundo. Empatizamos con sus animales, monstruos, y personas. Nos obligan a imaginar y a crecer y a ser ciudadanos globales.